

# Los finales de la teoría: investigación y refundación



Fernando Bogado

Instituto de Filología “Dr. Amado Alonso”, Universidad de Buenos Aires,  
Argentina  
fernandobogado@outlook.com

## Resumen

En el presente trabajo, me propongo analizar los modos de construcción de dos intervenciones teóricas en torno a los “fines” de la crítica y la teoría literaria. En trabajos como “El fin de la literatura. Un ejercicio de teoría literaria comparada”, de Marcelo Topuzian; y *Suturas. Imágenes, escritura, vida*, de Daniel Link, se insiste en dos modos de cierre del discurso de la teoría, ya sea por vía de la historización de sus momentos y avatares institucionales o por la necesidad de un ejercicio de refundación de la disciplina. Consideraré la posibilidad de pensar que esos dos momentos son lógicos desprendimientos de un discurso teórico aún operante, que remite a la fundación de las cátedras de Teoría Literaria de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) en el período de la última restauración democrática (1984-1985); y revisaré los aportes de la llamada “estética de la negatividad” de Christoph Menke para poder pensar un tipo de intervención al interior de esa masa discursiva que pueda seguir siendo relevante para un saber, supuestamente, perimido. Como parte de esa hipótesis, también recuperaré algunos momentos clave de la discusión en torno al concepto de “posautonomía”, de Josefina Ludmer, planteado por Miguel Dalmaroni en un artículo de la revista digital *Bazar americano*.

## Palabras clave

Teoría literaria  
Posautonomía  
Posfilología  
Archivo  
Performance

## Abstract

In the present work I propose to analyze the construction methods of two theoretical interventions around the “ends” of Literary Criticism and Theory. In the article “El fin de la literatura. Un ejercicio de teoría literaria comparada”, by Marcelo Topuzian; and *Suturas. Imágenes, escritura, vida*, by Daniel Link, insist two ways of closing the discourse of Literary Theory, either through the analysis of the historicity of their moments and institutional vicissitudes; whether due to the need for an exercise to refund the discipline. I will consider the possibility of thinking that those two moments are logical detachments of a discourse still operative, that refers to the foundation of the chairs of Literary Theory in the period of the last democratic

## Keywords

Literary Theory  
Posautonomy  
Postphilology  
Archive  
Performance

restoration (1984-1985); and I will review the contributions of the so-called “aesthetics of negativity” by Christoph Menke to be able to think of a type of contribution within that discursive mass that can continue to provide interesting contributions to a knowledge, supposedly, out-dated. As part of that hypothesis, I will also recover some key moments of the discussion around the concept of “postautonomy” of Josefina Ludmer raised by Miguel Dalmaroni in an article in the digital magazine *Bazar americano*.

## 1. Estado de los estudios literarios y relevancia de un enfoque filológico

Varios son los trabajos contemporáneos encargados de detectar un clima de crisis en lo que respecta a los estudios literarios. Incluso el nombre, “estudios literarios”, revela un afán por llegar a categorías abstractas, y, paradójicamente, de mero uso, con el fin de evitar el supuesto compromiso del investigador a un paradigma determinado, a una metodología establecida explícitamente en su estudio. Parecería que, en algún sentido, la crisis de la concepción “unicista” de la verdad, entendida como una de las categorías para pensar la posmodernidad, afecta también a cualquier compromiso con un tipo de metodología particular, con un tipo de paradigma. Dentro de la reflexión sobre las diversas disciplinas, el uso de etiquetas como “posestructuralista”, solo por citar un ejemplo, resulta algo sospechoso; al igual que la colocación de “estudios culturales” o incluso de “literaturas comparadas” en los modos de clasificación de las investigaciones contemporáneas.

Marcelo Topuzian, en su artículo “El fin de la literatura. Un ejercicio de teoría literaria comparada”, establece precisamente que la pérdida de la especificidad medial de la literatura abre la posibilidad de transformar el punto de vista del investigador con respecto al fenómeno literario en sí. Leemos en su recuperación de los trabajos intermediales y “ultraautónomos” de Dominique Maingueneau en contraposición con un punto de vista más cercano a la especificidad de lo literario:

La fluidez y la omnidireccionalidad contemporáneas de los vínculos intermediales relativizan la importancia de la especificación medial de lo literario, y sobre todo de su relación, considerada otrora constitutiva, con la lengua, y particularmente con una lengua nacional, aunque fuera para deconstruirla. Hay entonces [...] correlación sin atención a la especificidad: las trasposiciones genéricas y mediales pueden esquivar este asunto sin problemas, y con muchos beneficios relativos a la circulación como autopromoción conjunta (Topuzian, 2015: 304-305).

La falta de especificidad propia del punto de vista del investigador, junto con el reconocimiento de un tipo de articulación de la producción literaria contemporánea, llevaría, en algún sentido, a la “relativización” del vínculo de la obra con los conceptos de lengua, nación, sujeto autónomo moderno o tradición. La perspectiva teórica de Topuzian, que sí conserva especificidad en la medida en que se propone discutir con un conjunto de textos enmarcados en lo que entiende como propios de la “teoría literaria” (esto es, como parece deslizar, una producción discursiva académica aparecida en Estados Unidos entre los años 70 y 80 a partir de su adaptación de ciertas producciones discursivas francesas, y su ulterior contagio o transmisión a los ambientes académicos de las universidades latinoamericanas), lleva esas discusiones a los conceptos que el punto de vista metodológico “en retirada” ha acarreado históricamente. Así, en su introducción a *Tras la nación. Conjeturas y controversias sobre las literaturas nacionales y mundiales*, realiza un prolijo repaso de las características del concepto de “nación” en diferentes paradigmas dentro de los estudios literarios, dando cuenta de un momento de transformación de la categoría que, como bien señala, no se apega ni al modelo decimonónico de lo nacional, ni tampoco a la

glorificación esencialista de la extranjería y del exilio, tan característica de los altos modernismos cosmopolitas del siglo XX y de su modo de entender la estética de la autonomía como desterritorialización unilateral o relativamente espontánea de la lengua materna (Topuzian, 2017: 11).

Ese mismo tipo de movimiento lo lleva a revisar la categoría de “sujeto” que insiste en vincularse a este imaginario de lo nacional, de la lengua nacional y de, en algún sentido, las experimentaciones modernistas de comienzos del siglo XX y las operaciones vanguardistas del mismo período, todas contemporáneas a la aparición de textos centrales dentro de la tradición “teórica” nacional (al menos, si entendemos como clave la fundación de las cátedras de Teoría y Análisis Literario en la Universidad de Buenos Aires en 1984). Es en *Muerte y resurrección del autor (1963-2005)* en donde advierte, ya desde el comienzo, este nuevo movimiento epistemológico de los estudios, ya no “literarios”, sino en “teoría literaria”:

El discurso de la teoría, ese cuerpo de saberes y prácticas que hoy puede ser ya objeto de una mirada histórica reflexiva, nunca dejó de llamar la atención, ofreciéndolo casi como la marca definitoria de su propia identidad, sobre su trabajo de desarmado e interrogación de toda noción recibida de sujeto y de autor (Topuzian, 2014: 5).

Especificidad, nación y sujeto-autor: tres nociones que establecen el tono de un nuevo clima para los “estudios literarios”, por un lado, y para la “teoría literaria”, por otro. En lo que corresponde al discurso teórico, solo podría concentrarse en la historización y análisis de ciertos usos categoriales, cerrando así la etapa histórica de su influencia. La “mirada histórica reflexiva” parecería darse sobre un discurso cerrado, o, si accedemos a una metafórica vitalista, ya muerto. Los “estudios literarios” entrarían así en relación con otro tipo de saberes centrados sobre las nuevas características de las producciones literarias, o que todavía pueden ser llamadas literarias, considerando que la “transmedialidad” o “intermedialidad” (términos que no presentan una distinción nítida en este trabajo) sería su nueva lógica de presentación. Leemos en el apartado de conclusiones de “El fin de la literatura”:

Un acercamiento pretendidamente intermedial a la literatura debería ser capaz de reflexionar teóricamente sobre las implicaciones de que las labores de la crítica no se llevan a cabo a partir del modelo de la especificación formal sobre un medio único o, al menos, dominante, y no solo de conectar más o menos asociativamente productos culturales de orden verbal, escrito, audiovisual, musical, etc. Lo intermedial de lo literario no es algo que se le agregue, sino parte constitutiva de sus configuraciones actuales (Topuzian, 2013: 346).

El afán analítico-historicista de Topuzian se contrapone al discurso propositivo de Daniel Link en trabajos como *Suturas. Imágenes, escritura, vida*. Si Topuzian reclamaba hacia el final de su artículo la necesidad de “rehabilitación de las facultades de invención teórica” (Topuzian, 2013: 347), Link responde leyendo el panorama de producción académica contemporánea y armando un texto que va de la narración de situaciones personales, íntimas, al estudio más identificado tradicionalmente con lo académico, en un *pastiche* de registros que no afectan a lo incisivo de su lectura. Parecería formar parte del movimiento teórico y crítico que realiza la aparición efectiva del “yo” que lee. Un “yo” que es menos construcción simbólica-imaginaria que un momento dentro del movimiento de una “forma de vida” que participa activamente de la lectura. Que pone en escena las afecciones del leer. La “posfilología” que plantea en ese sentido puede muy bien leerse en una clave que calza con las intenciones generales del trabajo, esto es, vincular la filología con la crítica filosófica biopolítica de herencia foucaultiana, encontrando conceptos que permitan relacionar estos dos mundos disciplinares:<sup>1</sup>

1. Me he detenido con más tiempo en la relación entre biopolítica y crítica contemporánea en un trabajo anterior. Cfr. Bogado, 2018.

Y por ese amor al presente y al mundo, y por los imperativos éticos y metodológicos que deducimos de ese amor es que podemos pensar la filología infraleve como manera de adecuarnos al poema diferencial de nuestro tiempo, libres de la dialéctica de lo cercano y lo lejano, o mejor, habiendo llevado esa dialéctica a un plano de consistencia donde lo que importa es ahora el tiempo. [...] Ni *close reading*, ni *far reading*, ni *distant reading*. Lo que se juega en la lectura no se mide en términos de distancia, porque no hay separación posible entre lo que está escrito y lo que vive (y, por lo tanto, lo que lee). De lo que se trata es de una afectación del Tiempo y a los tiempos, una lectura ni cercana ni lejana, sino en “cámara lenta”, un *ralentí* (escribió Roland Barthes en *S/Z*). En ese ralentamiento o *retard* aparecerá lo infraleve, lo que en la poesía y el arte vive todavía (Link, 2015: 124-125).

Link intenta vincular el nacimiento de esta nueva metodología con una serie de conceptos que deberían, en algún punto, establecer una distinción, aunque sea relativa, con los modos de acercamiento al hecho literario anteriores. La concentración en la categoría “vida” abriría nuevos modos de leer el “poema diferencial del presente”, y el ralentamiento de la mirada de la “vida” que “lee” es lo que fundaría, casi a título existencial, las condiciones primeras de aquello que analiza. Link se presenta como la contracara de Topuzian: mientras que el primero avanza con un nuevo tipo de acercamiento al objeto literario, al lenguaje que lo compone, al mismo tiempo que establece un nuevo modo de entender al punto de unión, de percepción o captación de lo leído (la “vida” en lugar del “sujeto”), armando así una nueva epistemología de los estudios literarios; el segundo busca mantener todavía una perspectiva acorde a la llamada “teoría literaria” no ya como un conjunto de discursos puestos en relación con una perspectiva crítica, sino como un ejercicio metacrítico e historicista que intenta comprender las condiciones de posibilidad de términos, subrayando el cierre de su momento histórico.

Llama la atención que, en esos dos movimientos, aún se puede reconocer algo de lo que en nuestra tradición nacional se entiende como “teoría literaria”. Y habría que entender “nacional”, en este sentido, no como un apegarse a ciertos modos de construcción de lo “argentino”, sino a una relación crítica abierta con esos modos de constitución y una apertura a las posibles vinculaciones con otras perspectivas nacionales latinoamericanas en relación, precisamente, con discursos que pueden entenderse como parte de la tradición académica eurocéntrica o, incluso, propia de la academia norteamericana y su adaptación de la “teoría” europea. Es aún relevante para nuestro presente la afirmación que ya diera Josefina Ludmer acerca de las características de la “teoría literaria” y su relación con la crítica, tal como se lee en la edición de los desgrabados de las clases de 1985, dadas en el seminario “Algunos problemas de teoría literaria”:

Para nosotros, la teoría literaria no es neutral, o sea, no es una reflexión científica completamente separada de lo que podrían ser ciertos debates o enfrentamientos filosóficos, políticos, ideológicos, etc. En el interior de la teoría, y desde la teoría, se plantean todo tipo de enfrentamientos, debates, luchas. [...] La teoría no se identifica con la crítica; la teoría se coloca como si dijéramos un escalón más arriba o más abajo, no hay ningún tipo de jerarquía valorativa en esto. La teoría lee a la crítica, hace una crítica de la crítica, del modo de leer, ve qué es lo que lee el crítico. (Ludmer, 2015: 36, 38).

En 1985, Ludmer plantea una línea de lectura que insiste en las perspectivas de Topuzian y Link. La reflexión acerca de quién lee; el acercamiento crítico y polémico a la historia de la literatura, y de la teoría y de la crítica; la revisión de los presupuestos de lectura operando en la crítica y en la teoría; la emergencia constante de una dimensión metacrítica en el ejercicio de la lectura analítica, son todas características que ya estaban operando en esta lectura considerada “tradicional” dentro de la conformación de las cátedras de Teoría Literaria en la Universidad de Buenos Aires en el período

iniciado con el plan de estudios de 1984.<sup>2</sup> Habría que leer menos a estos acercamientos de Topuzian y Link como novedades con respecto a esa “fundación” que como continuidades esperables, lógicas, de un ejercicio de lectura académica aún vigente. Lo que, en términos concretos, sería pensar la historización menos como el resultado de un cierre histórico y más como parte de algo medular a la idea de “teoría literaria” de los espacios académicos de los cuales tanto Link como Topuzian forman parte. Sería considerar como matices, dentro de una tradición crítica aún operativa, la aparición de conceptos como “ralentización” y “vida”.

¿Qué lugar ocupa la lectura filológica en este diagnóstico? La atención por el detalle, la indagación en función del análisis y ralentización de la mirada lectora y los posibles modos de historización de conceptos, efectivamente en relación a los enfoques o “modos de leer”, en los cuales ese concepto se ha vuelto productivo, son precisamente las características centrales de esta disciplina. Lo que diferencia a un enfoque tradicionalmente filológico frente a uno apegado al discurso de la “teoría literaria” es el afán polemista que este último acercamiento pone por delante: o sea, la operatividad política y polémica, al interior de una política particular de lo literario y sus estudios, que tal discurso puede implicar. Sin pensar en la política como clave interpretativa última de lo filológico y de lo literario, de la metodología y el campo en donde radica su objeto de estudio, habría que entender que la novedad de 1984-1985 radica precisamente en este horizonte político particular que aparece como campo de intervención de la investigación literaria. Los modos de pensar ese componente político han variado de momento a momento, de tradición en tradición, de paradigma en paradigma. Pero, en líneas generales, siempre ha sido fruto del interés de la mirada situada en un contexto histórico-político determinado y de la particular elección de un término o procedimiento dentro de una obra con el fin de constituir un objeto de estudio, a partir de esa selección, que ilumine, por contraste o continuidad, ese contexto. La intervención político-polemista es un doble movimiento, tanto al interior de la obra como a su exterior. Habría que contrastar este diagnóstico de los estudios literarios con la insistencia, en nuestro ámbito académico, de producciones que vuelven sobre los postulados analíticos de figuras como Theodor Adorno, y de las particulares articulaciones entre el modo de análisis adorniano y los planteos de filósofos como Jacques Derrida, en torno a la relación del investigador y el texto, perspectiva que desarrollaré en el siguiente apartado. Estos autores son emblemáticos dentro de la lista de nombres de la teoría literaria, tal como se la entiende en nuestro ambiente académico, y considero que la articulación que realiza Menke, con las posibles distancias frente a algunas acepciones, puede permitir recuperar el modo de operación de la crítica y la teoría desde 1984 en adelante.

El objetivo del presente trabajo es discutir con el panorama de “fin” o “cierre” de la teoría literaria, ya sea por vía historicista/historiográfica o por vía refundacional. Sostendré la hipótesis que esos dos caminos son desprendimientos de la manera en la cual la teoría literaria ha sido pensada en nuestro país, y haré un breve y humilde aporte a la reflexión en torno al lugar de la teoría literaria en nuestro tiempo.

## 2. Posibilidades de una estética de la negatividad

Si bien excede los límites de este trabajo, es necesario establecer un mínimo comentario en torno a la relación posible entre el modelo dialéctico de análisis de Theodor Adorno y el modelo fenomenológico de Jacques Derrida.

Cristoph Menke, en el artículo “Perfiles de una estética de la negatividad”, plantea la posibilidad de encontrar un territorio común en las formulaciones filosóficas de Adorno y Derrida en diversos textos. Menke no busca llevar adelante una síntesis que aquiete las profundas diferencias en el pensamiento de ambos, sino que trata

2. Sugiero aquí revisar el trabajo de Lacalle y Bogado, 2017 y 2018; en donde el punto de vista historicista se puede articular con un repaso de la conformación histórica de una disciplina en un espacio institucional.

de establecer las características de un posible acercamiento a cuestiones estéticas contemporáneas iluminadas por estos dos perfiles y sus eventuales coincidencias. Considerando clave el advenimiento de las vanguardias históricas para la lectura de los fenómenos estéticos contemporáneos, Menke asegura:

la verdadera tesis de la estética de la negatividad no se encuentra en el análisis separado de estas dos determinaciones —la relativa a la teoría del objeto y la referente a la teoría de la experiencia—, sino en la conexión que establece entre ellas. (Menke, 2011: 43).

Ese vínculo entre objeto y experiencia abre la posibilidad, según Menke, de establecer una “soberanía” del arte; una suerte de potencial subversivo (en relación a las condiciones dadas de producción, a los horizontes de interpretación o al propio *status quo* social) que excede la práctica estética y avanza sobre instancias del más allá estético. El movimiento entre esferas pretendidamente separadas es claro: la concentración en lo particular, que marca el cerco autónomo, abre, ya sea dialécticamente (Adorno) o diferencialmente (Derrida), el vínculo de ese detalle, fragmento o partícula con lo otro de ese detalle, fragmento o partícula. El mirar en detalle, ralentizando la lógica vinculante de lo observado, abre la posibilidad de entender el modo específico de conexión de lo dado con lo que lo rodea. De la obra de arte con su contexto, en un nivel *macro*. De la parte con la posible totalidad señalada o evocada (entendida como ausente o imposible), si pensamos en el modo de constitución de la obra de arte contemporánea, tal como lo entiende Adorno en *Teoría estética*, ya en un nivel *micro*. Allí, Adorno establece claramente que “[e]n la relación del todo y las partes, la obra de arte es esencialmente proceso” (Adorno, 1984: 235). Un proceso que marca la tensión interna de la obra que se resuelve como movimiento que va de cada parte a cada otra parte, y en la que el punto de vista, la mirada de quien mira, también se encuentra implicado. De allí la potencia del *dictum* metodológico adorniano: “[t]anto el arte como su conocimiento son dialécticos” (Adorno, 1984: 231).

Frente al camino dialéctico, Derrida parte de la fenomenología husserliana para establecer, ya en sus primeros trabajos, una lógica que se convertirá en característica de su aproximación analítica. El concepto de *huella*, central en su formulación, puede encontrarse apareciendo una y otra vez en sus diversos trabajos, siempre considerándolo como un elemento más del complejo encadenamiento de conceptos que le permite pasar a revisión la historia de la metafísica occidental y los términos con los cuáles ha pensado los problemas que el mismo discurso ha planteado. La “reducción fenomenológica” planteada en *De la gramatología* a la hora de revisar la noción de huella permite entrever la existencia de una categoría trascendental, esto es, operativa en cualquier tipo de objeto analizado, o en cualquier proceso de reflexión llevado adelante. O sea, un origen común que, en tanto origen tachado, no pleno, no sería un origen como tal. Describe Derrida:

La huella no solo es la desaparición del origen; quiere decir aquí —en el discurso que sostenemos y de acuerdo al recorrido que seguimos— que el origen ni siquiera ha desaparecido, que nunca fue constituida salvo, en un movimiento retroactivo, por un no-origen, la huella, que deviene así el origen del origen. A partir de esto, para sacar el concepto de huella del esquema clásico que lo haría derivar de una presencia o de una no-huella originaria y que lo convertiría en una marca empírica, es completamente necesario hablar de huella originaria o archi-huella. No obstante, sabemos que este concepto destruye su nombre y que, si todo comienza por la huella, no hay sobre todo huella originaria (Derrida, 2003: 80-81).

La *huella* se convierte así en punto de tensión, que retrospectivamente funda lo dado, pero que, al mismo tiempo, se retira de su creación. Está y no está, punto de tensión que da origen, pero que se sitúa en el mismo límite de lo considerado. En este caso, la

obra de arte. La tensión dialéctica, o la remisión de una huella a otras huellas, permite abrir ese movimiento que Menke considera central para la estética de la negatividad. Entender a lo dado en la obra de arte como proceso permite abandonar la idea de una noción de autonomía estética completamente cerrada y resalta como redundante la conceptualización de una “posautonomía” como un cerco autónomo que a veces funciona, y a veces no. Josefina Ludmer, en “Literaturas posautónomas”, en la indeterminación o ambivalencia que señala como rasgo distintivo del momento posautónomo, estaría forzando, en otra clave interpretativa, las características que ya en sí tiene la autonomía estética, específicamente, la literaria. Atracción y rechazo, solidaridad e indiferencia, ese ir y venir de la obra con respecto a su contexto, o de cada parte de la obra con respecto a otra de sus partes, es algo que una teoría emblemática de la autonomía literaria como la adorniana, y un punto de vista concentrado en lo fragmentario y su compleja economía como el propio de Derrida, ya estarían dando cuenta.

La parte o el detalle, desde esta perspectiva, sería un punto de tensión, un punto en donde se ponen en juego fuerzas antagónicas que mantienen abierta, no resuelta, la dinámica de la obra. Ese punto de tensión es conexión dialéctica o diferencial con un afuera, con algo que no es la obra, que no corresponde a lo estético, y cuyo carácter indeterminado y también abierto permite la inserción de un punto de vista que singularice, de manera contingente, ese otro. Que le dé un nombre provisorio. Si no, quedaría en mera descripción ese referirse a lo otro, a lo ajeno, propio de la obra, y el comentario crítico o el análisis quedaría en vacuo formalismo. Tal como plantea Derrida, el concepto de *huella* permite nombrar el origen, al mismo tiempo que lo desactiva, marcando una economía, esto es, un movimiento temporal, una espacialización, un circuito particular y diferencial entre una huella y otra.

Pese a la posible relación entre las perspectivas de Adorno y Derrida, el problema central que arroja el artículo de Menke es, frente a nuestro contexto, el lugar relativamente captable de lo estético, en tanto objeto, y la estética, en tanto disciplina. Recuperar esos autores, revisar sus formulaciones y proponer puntos en común sigue pecando del mismo problema que Topuzian revela en “El fin de la literatura”: la incapacidad del pensamiento en torno a la literatura, y diré aquí, de cualquier práctica considerada tradicionalmente estética, en torno a la novedad. Así, parecería convertirse en un juego de reflexiones sobre lo ya cerrado, el mero ejercicio de la reflexión teórica, metodológica y epistemológica en los estudios literarios. Algo que Topuzian hace, pero desde un lado legítimo, en la medida en que anuncia que el cierre de un discurso invita a su reflexión histórica. Además, el complejo lugar en el que se encuentra nuestro actual pensamiento en torno a las vanguardias sigue dando por sentada una interpretación que vale la pena hacer: qué tipo de incidencia efectiva ha tenido y tiene la operación de las vanguardias históricas sobre el tipo de producción literaria o artística contemporánea (y hasta qué punto se puede pensar a la primera como especie de la segunda o como dos categorías que guardan similitudes, pero que esencialmente se encuentran separadas). Habría que contrastar las afirmaciones de Menke con otro tipo de acercamientos, más situados en el presente, en nuestro contexto, y en nuestras lógicas institucionales. Para ello, recuperaré brevemente la crítica de Miguel Dalmaroni del concepto de “posautonomía” de Ludmer.

### 3. Sujeto e institución, o los límites del “ya no”

Miguel Dalmaroni, en su comentario crítico al concepto de “posautonomía” de Josefina Ludmer, plantea la idea del “ya no” como una forma de entender ciertas operaciones de algunas figuras de la crítica que plantean a la emergencia de la “novedad” como algo que marca un antes y un después dentro de una metodología o un discurso crítico-teórico:

En rigor, la frase “ya no se puede” hacer tal o cual cosa como la hacíamos hasta ayer es siempre verdadera, y es siempre una verdad de Perogrullo. Por supuesto, nadie puede replicar siquiera el modo en que leyó hace media hora el mismo poema que está relejendo en este momento. Lo erróneo es el modo mismo de la frase “ya no se puede”, porque rinde tributo a una concepción plana, lineal, cronologista del tiempo, y a veces a una concepción periodocista del tiempo de la experiencia. El trabajo de los periodistas (precisamente) y el de los profesores universitarios suele incluir tanto el apetito del descubrimiento (es decir de la primicia) como la herramienta histórica de la periodización, y es cierto que la dimensión cronológica del tiempo histórico es fatal; pero ese trabajo práctico de la periodización se escolariza y se vuelve acrítico, cuando comenzamos a confundir el tiempo de la cronología con el tiempo de la experiencia, que es el tiempo siempre enmadrado y heterocrónico de lo real (por su parte, por lo mismo, el trabajo práctico del descubrimiento se vuelve a la vez *spot* y señal de *stop*: a menudo encariñada con el hartante prefijo *post*, se trata de una estratagema comercial más o menos deliberada) (Dalmaroni, 2010: 1).

La posición “acrítica” del concepto de “posautonomía” se deriva de la confusión de un tiempo cronológico atravesado por un tiempo de la experiencia. Pero, como señala Topuzian, no queda en claro en todo el artículo qué entiende Dalmaroni por tal término:

es lícito preguntarse si conviene correr el riesgo de fetichizar una noción de experiencia literaria, por más abierta y variable que sea, como la que defiende Dalmaroni, que además ulteriormente habría que diferenciar (¿según qué criterios?) de las operaciones o herramientas de lectura académicas y universitarias (Topuzian, 2013: 301).

Quizás se encuentra allí la clave de la relación entre el reconocimiento de un “fin” de la literatura, o de la “teoría literaria”, y la apertura de un nuevo tiempo de producción crítica o mínimamente metadiscursiva: en la posible fetichización de la experiencia (personal, profesional, académica) como base para la constitución de nuevos términos-herramienta, conceptos que permitirían llevar adelante la reflexión acerca de la producción del presente. Podría así invalidarse la aparición o hasta el abuso del prefijo “post-” como, por un lado, la generalización de una experiencia inmediata que se transforma en declarado fin, por la relevancia dentro de un campo determinado del saber del emisor; y, por el otro, la posible *performance* que lleva adelante ese mismo emisor al establecer ese cierre. Ya el propio Topuzian analizaba tal cuestión en *Muerte y transfiguración del autor (1963-2005)* al hablar del comportamiento performático de la “muerte del autor” barthesiana.<sup>3</sup> Por más organizado que se encuentre un discurso, las contiendas efectivas, al interior de esas masas discursivas, se ponen en juego a través de ejercicios performáticos de figuras puntuales. En esa *performance* particular, puede leerse, a modo de quiebre o de punto de intensidad, el funcionamiento entero de la institución, los modos de discusión allí planteados o la lógica retórica y estructural de la polémica establecida. El funcionamiento de cualquier institución se encuentra fijado por los miembros que la componen, en un ida y vuelta que puede entenderse como una dialéctica abierta entre lo mayor y lo menor, en una mutua determinación no estática: la institución determina a los sujetos, así como los sujetos determinan la institución.

¿Habría que volcarse a un ejercicio de “sociología de la crítica” o de la “teoría” (si la pensamos en un sentido estrictamente académico) para poder entender esta lógica, seguramente no distintiva del panorama local? Los modos de funcionamiento académicos siempre se encuentran atravesados por nombres propios que conforman o determinan el “espíritu” de una institución, y eso no puede considerarse patrimonio de la crítica y la teoría argentina. Lo que sí es distintivo es el hecho de que el nombre

3. “El texto de Barthes ‘La muerte del autor’ no constata un hecho, sino que lleva a cabo una acción, transforma una situación (la de los estudios literarios del período)” (Topuzian, 2014: 113).

propio, como referencia a un “estilo”, a un “modo de hacer la crítica”, sea tan relevante a la hora de pensar una institución. Es muy difícil desligar un conjunto de nombres propios dentro de la conformación de la carrera de Letras de la Universidad de Buenos Aires, por ejemplo. Nombres en donde hay que poner, obligadamente, al de Josefina Ludmer, y al de la incidencia de sus diferentes momentos de producción, desde los más apegados a una perspectiva estructuralista (*Onetti*) hasta los que atraviesan temas o conceptos puntuales como el conflicto entre lenguas (*El género gauchesco*) o los modos de circulación de los cuerpos (*El cuerpo del delito*), hasta su último libro, concentrado en las complejidades de los modos de producción discursiva e imaginaria del presente (*Aquí América Latina*). Pero esa influencia y esas transformaciones producidas por esos avatares no vuelve menos legítimo el punto de vista acerca de tales problemas que ya pueden encontrarse en el seminario de 1985: la teoría puede ubicarse “más allá” o “más acá” en relación a la crítica, pero también en relación a todo un conjunto de discursos que parecen hablar de lo mismo. No habría, por eso, pérdida de la especificidad, en la medida en que la teoría, tal como fue pensada en ese momento, es un accionar *situado* que parte del análisis de un texto para reflexionar acerca del estatuto de la crítica y de la teoría. La especificidad del discurso teórico, tal como lo entendió Ludmer, es fruto de una restricción metodológica y, como dijo Link en relación a la “posfilología”, el resultado de una colocación ética: se parte de un texto para poder moverse hacia los discursos más abstractos, entendidos como parte del entramado textual del cual lo analizado es apenas un recorte, el resultado de la ralentización de la mirada sobre una serie postulada. La teoría, por más que vuelva sobre problemas que parecen vinculados a otros campos disciplinares, no es “sociología de la crítica” o “sociología de la teoría” porque concentra su mirada en lo textual. Pero eso no significa la escasa pertinencia del nombre propio para poder pensar sus modos de articulación, pudiendo titular así el permanente estado de ebullición de lenguas en conflicto, de estilos en conflicto. Y no necesariamente hablamos aquí del derrotero personal de cada nombre propio, sino de lo que ese nombre propio implica, tal la centralidad de la categoría de “sujeto” y “sujeto-autor” para el pensamiento de la crítica y la teoría, cosa que demuestra el ya citado trabajo de Topuzian (*Muerte y resurrección...*), y el interés actual de la crítica y la teoría por la instalación del concepto de “vida” como posible reemplazo de la subjetividad. La vida o la administración de la vida y su relación con el texto, con la literatura, puede ser un medio de transformación de los estudios literarios, pero aún así seguiría volviendo la pertinencia del nombre, la inscripción que esa vida hace de sí misma (lógica autobiográfica de la vida, incluso, de lo “infraleve”, que sigue inscribiéndose a sí mismo). Como pregunta Jorge Panesi en relación a la poesía de Tamara Kamenszain, interrogación que reverbera en la consideración del estado de la crítica y la teoría: “¿es que acaso alguna vez salimos de la biografía? En todo caso, se trata de entrar por otras puertas teóricas” (Panesi, 2018: 227).

En ese ir y venir entre un conjunto de conceptos estaría el “ya no” de la crítica y la teoría literaria, el reclamo de un cierre circunstancial que no oculta el grado de tensión que produce dentro del discurso institucional: experiencia, biografía, tiempo (cronológico y experiencial), sujeto. La intervención performática que declara terminado un período es una operación recurrente en ese movimiento conceptual, es el modo de pensar de la crítica argentina, que, como toda llamada de atención, es endeble, dispara nuevos vectores de pensamiento, y no por eso pierde legitimidad en ese llamado. Habría algo “artístico”, si se quiere, en ese llamado de atención, pero no por pertenecer directamente al arte, si no por participar de la lógica de lo que analiza al mismo tiempo que busca distinguirse de ella.

El estado actual del objeto, transmedial o intermedial, dialoga inevitablemente con la categoría de “performance”,<sup>4</sup> que ha aparecido en este comentario, porque allí puede verse cómo hay una injerencia aún más poderosa de la idea de un acto que se

4. Trabajé la relación entre filología y performance en Bogado, 2017. Allí, trato de detenerme en las complicaciones y complejidades del uso de lo performático como modo de pensar la escritura poética contemporánea.

disuelve en el tiempo. ¿No es este el resultado de la pérdida de la materialidad del libro y la virtualidad del texto online? A diferencia de lo que se supone de antemano que es la capacidad de establecer un archivo más organizado y duradero de las producciones textuales, dado su cambio de formato material, la circulación de textos digitales ha demostrado ser más veloz para la difusión, pero más endeble para el almacenamiento. El miedo a la pérdida de la información ya no es un problema de la informática: casi parecería ser el signo de época de cualquier tipo de producción o de bien de consumo contemporáneo. Y la literatura no es ajena a esto. Por eso, la presencia y suplantación del concepto de “obra” por el de “archivo”, presente tanto en los trabajos de Daniel Link (2015: 188) como en los de Topuzian (2013: 305 y 320, especialmente en su nota al pie), trata de dar cuenta, por un lado, del avance dentro de la teoría literaria del rol de investigador, que ve en la literatura un texto más que administrar y conservar. Pero esa fuerza de lo relacionado con la investigación no debe dejar de lado la capacidad de estremecimiento, renovación y discusión que puede llegar a abrir la inserción de una voz particular en su “ya no”, “ya no de esta manera”, “ya no se puede hacer de tal modo”, algo que está en Link y Topuzian, cuando fundan o determinan un estado de los estudios literarios, algo que Dalmaroni entiende como entrecruzamiento del tiempo cronológico con el tiempo experiencial, pero algo también inevitable, al menos, en lo que corresponde a nuestra tradición crítica, en donde el nombre, antes que el movimiento, antes que el período, puede servir para organizar circunstancialmente el potencial polémico y político del discurso de la teoría literaria.

#### 4. Crítica y teoría, discursos insistentes

Al establecer la idea de la “soberanía” del arte como parte de una metodología en el estudio de las producciones que se enmarcan bajo este nombre, Menke abre la posibilidad de retomar algo que parece que el perfil de la investigación morigera a los fines de organizar el archivo: el rol disruptivo que lo artístico sigue teniendo. Disrupción que es parte de la abierta y mediada relación de la literatura con la sociedad, y que también sirve para dar cuenta del estado actual de lo literario. Hay algo de lo estético que impregna lo social, y viceversa: huellas que se dan sin un origen claro de identidad establecida. La noción de “archivo”, si bien puede permitir estudiar esos movimientos retrospectivamente, no parece ser el término más útil para entender ese carácter performático de cualquier tipo de producción aún considerada estética o dependiente de los conceptos que lo estético abrió para nuestro tiempo. Antes que “archivable”, la “performance” “obra”, hace. La crítica y la teoría literaria, como extremos en tensión de una suerte de metadiscurso fuertemente contaminado por los modos de funcionamiento de su objeto, no solo no son algo caduco –solo susceptible al estudio distante y a la historización–, sino también son congruentes con este “hacer” de lo literario, o de lo estético.

Los artículos de Topuzian y Link son definitivamente importantes aportes dentro del discurso de la crítica y la teoría actuales, en nuestro ámbito intelectual, ya sea dentro de la academia o, incluso, más allá de ella. Pero, en algún sentido, llevan adelante lo mismo que observan como patrimonio de otra época. Ya sea por una vía concentrada en la organización histórica y que entienda al punto de vista lector como propio del “investigador” (el primero) o como lectura de un panorama y esfuerzo performático por producir un nuevo estado de la investigación, entendiendo al punto de vista lector como “vida” (el segundo). Dos comportamientos que forman el momento “contenidista” y “pugilístico” del discurso de la teoría literaria y, sobre todo, de la crítica. Organizar cronologías o proponer conceptos es algo que siempre se ha hecho en esas masas discursivas, algo que parecería disminuir una naturaleza científica que nunca ha pretendido tener, pero que el estado actual de la investigación

reclama. “Investigar” literatura puede implicar retomar los conceptos más “duros” de las ciencias humanas, pero eso no significa rendirse a su modo de “verdad”. La “verdad” en literatura, y en crítica y en teoría literaria, depende más de ese juego abierto de tensiones, de diferencias, dialécticas o no, de nombres propios invocados como puntos de tensión. Habría que pensar que ese rasgo de *situado* del discurso crítico-teórico, de ese apego a lo particular, que es la obra, es lo que puede llegar a brindar el auxilio necesario para entender, por un lado, un modo de la especificidad, pero, por el otro, por qué sigue siendo relevante hablar de crítica y teoría literaria. Más aún, en un contexto de crisis.

## Bibliografía

- » Adorno, T. (1984). *Teoría estética*. Tr. Fernando Riaza y Francisco Pérez Gutierrez. Madrid: Hyspamérica.
- » Bogado, F. (2017). "Performance y filología. Problemas metodológicos en el análisis de poesía argentina contemporánea". En: *Revell. Revista de estudos literarios da UEMS*, vol. 3, n. 17. En: <https://periodicosonline.uems.br/index.php/REV/article/view/1986/pdf>. Obtenido el 31/03/2019
- » Bogado, F. (2018). "Crítica e imagen: lectura comparada de *Aquí América Latina* de Josefina Ludmer y *Plan de operaciones* de Vicente Luy". *Perífrasis. Revista de literatura, teoría y crítica*, vol. 9, nº 17, 113-131.
- » Dalmaroni, M. (2010). "La literatura y sus restos (teoría, crítica, filosofía). A propósito de un libro de Ludmer (y de otros tres)". En: *Bazar americano*, octubre-noviembre 2010. En: <http://www.bazaramericano.com/buscador.php?cod=19&tabla=columnas&que=Miguel%20Dalmaroni>. Obtenido el 31/03/2019
- » Derrida, J. (2003). *De la gramatología*. Tr. Oscar del Barco y Conrado Ceretti, con revisión de Ricardo Potschart. Buenos Aires: Siglo XXI.
- » Lacalle, J. y Bogado, F. (2017). "Aproximaciones a la historia de la Teoría Literaria en la carrera de Letras de la UBA. Parte VI (1990-1999)". *Luthor*, vol. VIII, n. 33. En: <http://www.revistaluthor.com.ar/spip.php?article173>. Obtenido el 31/03/2019
- » Lacalle, J. y Bogado, F. (2018). "Aproximaciones a la historia de la Teoría Literaria en la carrera de Letras de la UBA. Parte VII (1990-1999 bis)". *Luthor*, vol. VIII, n. 37. En: <http://www.revistaluthor.com.ar/spip.php?article194>. Obtenido el 31/03/2019
- » Link, D. (2015). "Posfilología". En: Link, Daniel. *Suturas. Imágenes, escritura, vida*. Buenos Aires: Eterna Cadencia, 117-135
- » Ludmer, J. (2015). Annick Louis (comp.). *Clases 1985: algunos problemas de teoría literaria*. Buenos Aires: Paidós.
- » Menke, C. (2011). "Perfiles de una estética de la negatividad". En: *Estética y negatividad*. Tr. Peter Storandt Diller con revisión de Gustavo Leyva. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 37-67
- » Panesi, J. (2018). *La seducción de los relatos. Crítica literaria y política en la Argentina*. Buenos Aires: Eterna Cadencia.
- » Topuzian, M. (2013). "El fin de la literatura. Un ejercicio de teoría literaria comparada". *Castilla. Estudios de literatura*, vol. 4, 298-349
- » Topuzian, M. (2014). *Muerte y resurrección del autor (1963-2005)*. Santa Fe: UNL.
- » Topuzian, M. (2017). "Introducción: entre literatura nacional y posnacional". En: Topuzian, M. (comp.). *Tras la nación. Conjeturas y controversias sobre las literaturas nacionales y mundiales*. Buenos Aires: Eudeba, 9-65.